



Iolanda

Batallé Demasiadas  
deudas con las  
flores



DESTINO

# Demasiadas deudas con las flores

Iolanda  
Batallé  
Prats

Traducción de Ana Ciurans

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1614

Título original: *Massa deutes amb les flors*

© Iolanda Batallé Prats, 2023

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent

© Columna edicions, Llibres i Comunicació, S.A.U.

© por la traducción del catalán, Ana Ciurans 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

La traducción de esta obra ha contado  
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

**LLL** institut  
ramon llull

**Lengua y cultura catalanas**

Primera edición: septiembre de 2023

ISBN: 978-84-233-6382-7

Depósito legal: B. 11.909-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# I

## La Solitaria

La intensidad. He vivido de prisa, he hecho demasiadas cosas. Detente. No quieras abarcar tanto. Respira. Escribe. Qué difícil es ser niña cuando quien debe cuidar de ti no está bien. Una parte se rompe. El exceso. El exceso sirve para tapar el dolor. El exceso y la sonrisa, para ocultar la verdad. Pienso en los hijos de una madre muerta. Hui de la realidad que me tocó vivir. En el colegio empieza mi relación exagerada con el esfuerzo. Estudiar me salvaba del dolor. Cuando estudiaba, a veces oía voces; o una música estridente dentro de la cabeza. Estudiar para ser. Trabajar para ser. No existe nada sin un enorme esfuerzo físico. Y la poesía tampoco. La maestra dice que el bocadillo que hay en la papelería de la clase es mío y que tengo que comérmelo. Me encierra durante el recreo. No es mío. No me lo como. Reflexionaba con aquel bocadillo. La maestra nos daba miedo. Sen-

tía calor en la cara y el pecho. Lloraba delante de la pizarra vacía. Impotencia. No me comí el bocadillo. Dentro de cualquier estructura hay personas caníbales. ¿Qué es el miedo? Aquella maestra de pelo grasiento que se lamía la mano y nos la pasaba por la cara para comprobar si era sucio o bronceado. Aquello era el asco. El miedo es un desierto y las personas a quienes amas haciéndose daño.

Me pierdo en las cosas y me gusta. No sé si se puede ser madre y poeta. No me comeré el bocadillo y no quiero ir al manicomio. Los hombres grises no me atraparán. No me vencerán. Si la maestra no consiguió que me comiera el bocadillo que no era mío, los hombres grises tampoco. No acabarán con nuestros sueños. No podemos morir tanto. Solo la muerte nos doblegará.

¿Por qué escribo? Porque me gusta. Porque me da miedo. En la vida nada tiene sentido. Los libros me han acompañado y me han salvado de un dolor que creía no poder soportar. Escribo. Escribo desde los nueve años. Desde que tuve claro que en la vida nada tenía sentido y necesitaba una constante que me acompañara. Soy escritora, pero escribir es lo que más me cuesta. Hago de todo y lo hago lo mejor que puedo. Las cosas no me dan miedo. Los trabajos no me dan miedo, sean los que sean. Los hago. Me esfuerzo. Escribir sí que me da miedo. La literatura. He tocado de cerca la litera-

tura y es lo que quiero hacer. Eso es lo que quiero hacer. Pero siempre huyo, me escondo. Y me pesa cuando no escribo. Me siento culpable cuando no escribo. En mi fuero interno lo sé, sé que es una excusa. Convivo con esta guerra desde la adolescencia. No escribo. Soy escritora y no quiero seguir huyendo. He venido a los valles a escribir.

En el trabajo vivo rodeada de hombres que tienen miedo, envidia, hombres grises que no creen en lo que hacen. Salgo adelante. Respiro. No te ensucies, me digo. Camina y no mires atrás. Son las presiones a las que está sometida una mujer con un poco de poder en un mundo de hombres que siempre han tenido poder sin tener que hacer nada. Todos cargamos con el peso enorme del tiempo perdido. Este tiempo que ahora empieza será mejor. Desde pequeña me siento enganchada a la intensidad. Desde que recuerdo, cuando no conseguía ser intensa desaparecía. Ahora aprendo una nueva intensidad de la no-intensidad. Empiezo a ser yo. Solo escribo cuando tengo algo que decir. La voz lo es todo. He tardado en darme cuenta de que cuando en las reuniones hay hombres que se creen poderosos levanto demasiado la voz. De niña creía que si gritaba me oirían. Pero no me oían. Tampoco funciona esforzarse con los hom-

bres sin ilusiones. Cada día grito menos. Supongo que tengo miedo. Lo he tenido con frecuencia. A veces el miedo es abstracto. Otras consigo que sea concreto y puedo vencerlo. Puede hacerse, sé que puede hacerse. Lo hago. Estamos hambrientos. Todos somos violentos porque nos sentimos prisioneros. El día a día nos encadena. Gritamos. A veces la gente se relaja cuando comprende que todo es una broma. Cuando de niña me insultaban no me encaraba. Los ignoraba. Defiéndete, me decía una amiga, pero yo no me encaraba. La vida se encarga de ello. El paso del tiempo. Los que parecían más fuertes han resultado no serlo tanto. La vida es larga. Las cosas pasan. A mí me salva la constancia, la capacidad de trabajo, el corazón, la mirada de asombro, el amor y un ángel así de grande que te protege, decía mi abuela. Y un día nos morimos y ya está.

Cyrano de Bergerac soy yo. Nadie me entendía, Cyrano sí. El amor me crece dentro del alma valiente. Amor, alma, vida. Qué burlona es la muerte. Incluso el final me ha salido mal. Así me ha ido la vida. Ser el apuntador que todos olvidan. Que siéndolo todo no fue nada. Los rayos de la luna ya vienen a buscarme. Quiero luchar, luchar y luchar. Es la luna. ¿Pactar con la mezquindad? Nunca.

A los trece años veía reflejada mi alma en aquel actor, Cyrano. Aquel hombre con la nariz grande era yo. ¿Quién era yo? Cyrano de Bergerac en el cuerpo de una niña. La luna. Iba a verlo y recitaba el texto de Rostand mientras lo escuchaba. Persisto en la lucha. Ni el autoritarismo, ni el machismo, ni mis parejas, ni algunas empresas, ni una sociedad capitalista acabarán conmigo. Viva la subversión y la anarquía. Tenía amigas que preferían morir a ser gordas. A mí el físico me importaba poco. La guerra era estar viva a mi manera. Los libros siempre me han pertenecido. Los he acumulado. Me negué a perder lo que era mío. A pesar de todo, yo sonreiría. Y en la mayoría de las ocasiones me reiría. ¿Por qué? Porque me daba la gana. Me da la gana. Pensamos poco en nuestra propia muerte. Yo, cuando lo pienso, me pongo en situación, noto que físicamente me viene un calor al pecho, y sí me da miedo. Mucho miedo. No quiero morirme. De niña viví la costumbre de morir. Cuando tenía siete años se murió mi abuelo, el padre de mi madre. Hablaba con él por las noches. Nadie lo sabía. Todo vuelve desde muy lejos, más de cuarenta años, vuelve para encontrar una voz. Sin ti, sin la abuela, no habría llegado tan arriba. ¿Arriba de dónde? De la vida vivida a fondo. La puerta que hay al final del sufrimiento la abris vosotros. Yo. Sin ti, abuela, nunca habría apuntado tan alto. Tan



alto, ¿dónde? A tu balcón: tú en la ventana, yo en la calle caminando de espaldas. Te mando besos. He encontrado la voz. Tu muerte. La recuerdo. Yo te limpié la última caca. La caca une.

¿Por qué escribo? Para luchar contra el poder desproporcionado de los hombres grises. ¿También hay mujeres grises? También. No hay tantas. ¿Por qué escribo? Para luchar contra la muerte. ¿Alguien me escucha cuando hablo? Las personas, en general, escuchamos poco. Cada día me gusta menos gritar. Me asfixio. Se me cansan las cuerdas vocales. La garganta. El pecho, la frente, los ojos. Gritar cansa. Y el silencio es tan tranquilizador. Acogedor. Cada día hablo menos. Escribo. Cuando escribes no es necesario gritar. ¿Quién morirá primero? A veces la vida parece una competición que gana quien no se muere. A partir de cierta edad no morir es una victoria. Toco las piedras que llevo en los bolsillos. Minerales con poderes. La piedra preciosa me mira, muda. La acaricio. Hace años que llevo piedras pulidas en los bolsillos. Yo no poseo las piedras; ellas a mí, sí. Igual que hace más de treinta años me poseyó la voz de Cyrano de Bergerac. Son protecciones de persona indefensa. A los trece años yo no sabía que era una mujer. ¿Pensaba como una mujer? ¿Qué significa

pensar como una mujer? No lo sé. Lo de llevar piedras en los bolsillos y un capazo de mimbre lleno de libros, bufandas y jerséis. ¿Quién fue Cyrano para mí? La salvación. El salvador de una vida que me dolía.

¿Cómo es el mundo cuando yo no estoy? Es difícil responder. Casi igual. Escribo una herida. Morir me da miedo. Mi cara, cuando estoy sola, es la mía. La cara se nos cae cuando nos hacemos mayores. Ahora empiezo a verlo en algunas fotos. Si me río, aún no se me cae mucho. Si no me río, se me cae. La piel. Escribir me da miedo desde el primer día. Intuí su poder, su fuerza, de niña. Para tener fuerza, debemos estar convencidos de poseerla. La piel. Durante muchos años no tuve ganas de escribir. Me siento culpable cuando no escribo. Lleno libretas. Hace diez años que no publico. Puede que vivir no tenga importancia. Las cosas se mueven poco a poco. Calladamente. Ahora escribo así. Nunca he creído en lo que dice el espejo. He venido a dibujar la noche. Escribir para curarme de cosas que no debería haber comido. Escribir para descansar. Escribir como quien deja la luz encendida. Escribir con palabras pequeñas la vida pequeña que somos. He amado en la vida. He hecho el amor. El sentimiento pasa. So-

mos lo que queda cuando el sentimiento pasa. Los pensamientos son mentira. La conciencia de que morimos. La muerte y la vida siempre tan juntas. Durante décadas quise huir de la muerte con un exceso de vida. Ya no. Todas las muertes son mi muerte.

Hubo un tiempo en que sonreía. No sonríes tanto, me decía mi madre. Ya no lo hago. La palabra pronunciada es como el aire, limpia. Pero ¿y la palabra escrita? ¿Qué es escrita? No lo sé. Cuando un volcán entra en erupción te hierde si estás cerca. Querer llamar a la abuela y no poder hacerlo porque la abuela se ha muerto. Marcar el número por probar, por ver si hay suerte; pero no la habrá. Nos escribíamos cartas. Desde que me fui a vivir lejos nos escribíamos cartas. Yo vivía sabiendo que ella vivía y cuando murió tuve que cambiar de vida. En el mundo todo siguió igual. Yo no. Nadie, nada, se había dado cuenta de que ella había muerto. La vida pasaba.

¿De qué quiero hablar ahora que he huido de la ciudad? De estos valles, de las personas que los habitan. De alguien que se siente abandonado por quien más le importa, del suicidio, de la escritura,

de la familia. ¿Cómo me siento? Me siento sola y triste. No lo estoy, pero es lo que siento. ¿Qué conozco? El final y el principio. El dolor. ¿Por qué escribimos? Para ser amados. Ahora me doy cuenta de que respiro y de que las nubes que pasan tienen forma de caracoles. Cuatro caracoles y una babosa. Escribo. La derrota no existe. Siempre hay que plantarle cara. Si vives teniendo conciencia de la muerte, vivirás. En la hora de la muerte miraré el mundo y por fin comprenderé. La pasión por la verdad ni existe ni sirve de nada. Solo es necesario reconocer que puedes estar equivocada. ¿Qué hago aquí? Conduzco por un camino que desgarrar la montaña como una larga herida. Volveré a escribir, pero no mis palabras, sino las palabras de otros. Las palabras de los valles altos.